

Queremos enloquecer. Avanzar sin avanzar es vivir dentro de una pesadilla. A veces todos pensamos que no hemos adelantado un paso. El matorral y las espinas. El claro. El desierto rojo. Los totolares que refrescaban la visión plana de la lejanía han desaparecido totalmente, y la ausencia de **pirizales** nos aumenta la sed. Una amanecida más. Otro día igual. Las cantimploras se han vaciado y ahora no habrá agua hasta el fortín Rivas o hasta Boquerón.

—¿Vamos a Rivas?—No.—Zavala ya no habla. Debe de tener la lengua pegada al cielo de la boca. Un barbiquejo azul le ensortija los labios, que se le han hinchado. Iremos directamente a la batalla. Ya la oímos. Anoche Ezcarru vino a mi lado y me agarró de un brazo. Aguzamos el oído. La quietud y el silencio se hinchaban con un sordo rumor de cañoneo, como si la noche se hubiera trocado en un gigantesco caracol.

Son las cuatro cuando salimos. Antes de partir, Zavala ordena que comamos. El tasajo lo han repartido en la punta de un bejuco, y lo engullimos vorazmente. Ezcarru me dió su parte. No quiere comer. Se siente mal. Temo que le vuelvan las palúdicas. Después de la engullida los hombres han taladrado la noche, que se enreja con los bejucos, brazos implorantes con los que el suelo pide agua.

Caminar. Otra vez la obsesión. No hay que perder un átomo de energías. No hay que pensar. No hay que mirar. No hay que rebelarse. No hay que sentir la cólera que hierve dentro. Hay que caminar. Es necesario darle a las piernas, sin descanso, sin tumbarse boca arriba, como allá en las praderas del Caa-Guazú. Rocas, polvasales, matorrales. El Chaco no tiene caminos. Todo es igual. No importa ya lo que rodea. Hay que despegarse de la selva, huir de su locura, verticalizarse contra los tumbos de la jungla. Hay que cerrar los ojos, que se quedan prendidos en las espinas de los cactus. Hay que huir, huir siempre, huir hacia adelante. No tenemos agua. Desde anoche se nos agotó. Zavala ha dicho que en Boquerón hay agua, y esto nos ha bajado una fina estría de fuerzas por los tendones.

Ezcarru me ha pedido agua. Le digo que no tengo. El muchacho está nervioso. Camina a saltos, pero tropieza mucho y se cae. Nitsuga le dió la última gota que tenía.—¡Agua!

Antes de que amanezca, todos los hombres tienen ya los primeros toques de una locura estática. Delmonte se acerca y me aprieta un brazo.—No llegaremos—dice el sargento—. Zavala se ha vuelto loco. Sólo los indios tienen las piernas de ese teniente.

Tiene razón Delmonte. Solamente los indios **tobas** y algunos **pilagaes** que vienen con nosotros soportan el trote inmisericorde. Las **amberés** que antes adornaban los matorrales han desaparecido, y ni siquiera queda la esperanza de meter las manos en el vientre de algún **teyú**, que tanto abundaban en las ciénagas del Pilcomayo.

Nadie lo dice; pero todos vibran en una misma locura. Ya la obsesión de caminar se ha entrelazado con la obsesión del agua. Antes de que salga el sol los soldados abren la boca y chupan el viento de la amanecida, que, aunque cálido, trae algo húmedo para las gargantas.

El día gravita pesadamente. Aunque queramos, es imposible avanzar. El sudor se ha concretado. No sudamos líquido. Sudamos un barro integrado por el polvo y por el líquido que exudan nuestros músculos. No nos quedan fuerzas. Ni un **pirizal** hay en los contornos. Nos tumbamos bajo el sol, derrotados y rotos. No es posible erguirse. Los palmares huyeron hacia el Sur. En la Naturaleza nada se atreve contra el sol. Todo es enano, y hasta los **samohús** que quedan están más hinchados en el tronco que los septentrionales.

Hemos pasado el día quietos. Ni un paso. Al caer la noche nos anima la esperanza de que el frío vuelva a pegar saltos por entre los matorrales.

Ezcarru camina cada vez menos. No le veo la cara, porque la noche está espesa; pero en los surcos del rostro se le han metido las sombras, y es ya una máscara de sí mismo.—¡Tengo frío!—¿Frío del Chaco, o de dentro?—Del Chaco.

Se engaña. Me ha mentido, para engañarse él. El frío le viene de dentro. Tirita. Le echo el brazo por debajo de los hombros y lo ayudo. Nitsuga hace lo mismo. Está con un ataque violento de las fiebres que lo han ido mordiendo. Zavala viene al grupo y lo anima con dos palabrotas gruesas que restallan en la noche. El pobre Ezcarru arastra los pies, se estremece, brinca sobre el suelo y avanza. Nos hemos ido quedando rezagados. Nitsuga lo suelta y Zavala y el indio dan saltos para alcanzar al último hombre de la columna. El teniente me ha ordenado que acompañe y ayude a Ezcarru.—Tienes que poder, Ezcarru.—Quiere contestarme; pero el frío no lo deja hablar. Da diente con diente. Como su cuerpo se pega contra el mío, percibo el vibrar de las carnes. Tropieza y cae. Tendido, intento levantarlo, pero no me dan las fuerzas.

—¡Vamos, arriba muchacho! Ezcarru, vamos; hay que caminar...—No contesta. Tirita. El fiebrón se le viene encima, como si le hubiera arrojado un fósforo. Poco a poco cede el frío y se va encendiendo en una temperatura horrible.

—¿Estás mejor?—Me mira. Enciendo fuego y lo veo rojo. Abre los párpados, abotagados, y le veo los ojos, embrutecidos por la fiebre. Tiene en las retinas una mirada de buey.

—¡Ya estamos en Boquerón!—dice. No le contesto. Está delirando. De pronto grita. No grita. Relincha. La columna se ha perdido entre la selva.

—¡Oiga!—¿Qué?—Ezcarru, Ezcarru!—No me oye. Delira. Cree oír el relincho del potro. El mismo imita el trágico alarido de la selva. De pronto se pone en pie.

—¡Agua! ¡Quiero agua! ¡Quiero agua!—Comprendo que es el momento de hacerlo avanzar. Lo cojo de un brazo y doy una zancada. El me sigue. Va loco. Va delirando, en un esfuerzo sobrehumano de su carne rota y trepidante.

—¡Vamos, Ezcarru, vamos! ¡Animo! Que la columna va delante. ¡Ya falta poco, Ezcarru!—Mis palabras le alientan el subconsciente. No contesta; pero le oigo el ronquido con el cual trabajan su carne, sus huesos, sus nervios en la tensión de avanzar.

—¡Vamos, muchacho, vamos! ¡Hay que llegar a Boquerón!—Abre la boca y absorbe el viento del desierto, calidón y polvoso. Tose. Tose con un tosido que le desgarran los bronquios. Da un tropiezo y caemos los dos. Doy con la cabeza contra un bejuco astillado y me rompo la frente.

—¡Agua!—El grito de Ezcarru no le sale de la boca. Le sale de las venas, de los huesos, en donde llevamos pegado el ardor del día.

—¡¡Agua!!—Se ha levantado y atraviesa un matorral espeso. Se me escapa. Me lanzo tras de él.

—¡¡Ezcarru, Ezcarru!!—No me contesta. Corre desafortadamente, perdiéndose entre la selva. Da un tropiezo y se voltea sobre la arcilla, como si se le hubiera quebrado el alma. De pronto suena un grito. Lo alcanzo, lo levanto. Me muestra la mano, tiesos los dedos, abierta como un espinar de los matorrales.

—¿Qué es, Ezcarru? ¿Qué es, Ezcarru?—Rompe a llorar. Le cojo la mano. Enciendo luz. La veo. Tiene en el dorso dos gotas de sangre apelmazadas con el polvo. Está horripilado. El se da cuenta. Me doy cuenta también yo. Da un grito de horror, un grito agudísimo, como un relincho.

Entre las zanjas suena el ruido de la coral, que huye después de haber clavado sus puntas en la mano del muchacho.

Cojo a Ezcarru de un brazo y lo arrastro. Es necesario huir, huir, trotar en la selva para alcanzar la columna. Zavala tiene suero; pero hay que llegar hasta Zavala antes que la muerte llegue al corazón de Ezcarru. Le obligo a caminar.

—¡Ezcarru, Ezcarru; hay que alcanzar la columna!—No me entiende. Se lo grito en el oído. El muchacho tiene la mano cogida entre los garfios de la otra mano y se la mira horrorizado. Comprendo que no es posible convencerle de que avance.

—¡Ya estamos en Boquerón! ¡Oye el cañoneo, óyelo, Ezcarru!—Deja de mirar—